



## AGRICULTURA Y VIDA RURAL

Benjamín García Sanz \*

### RESUMEN

Se plantea la relación entre estos dos conceptos, agricultura y vida rural, así como las consecuencias que se derivan de ella. La agricultura es una actividad horizontal que implica a agricultores rurales y urbanos, mientras que la vida rural alude a una forma de convivencia, con unas relaciones, unos sentimientos y unos valores específicos. Lo agrario tiene una relación directa con el espacio, con la tierra, y ése es un denominador común tanto para el agricultor rural como para el urbano, pero no así la sociedad, o el lugar en el que se vive, que es diferente para el agricultor rural y para el urbano. De ahí se deriva una consecuencia fundamental. Mientras el agricultor rural tiene un gran interés por el desarrollo de los pueblos rurales, aunque no sea a costa de los fondos de la agricultura, diferente es el sentimiento y la estrategia del agricultor urbano, que cifra su interés en las ayudas directas a la agricultura y no tanto en el desarrollo de los pueblos rurales. Todo ello lleva a una conclusión y es la desvinculación entre desarrollo rural y la modernización de la agricultura, puesto que los agentes implicados en ambos procesos son distintos.

### ABSTRACT

*This paper reviews the relation between these two concepts, agriculture and rural life, and also the consequences that derive of this. Agriculture is a horizontal activity that involves to rural and urban farmers; on the other hand rural life makes reference to a form of relationship, with some relations, some feelings and some specific values. Farming has a direct connection with the space, with the land, and it is a common denominator for both rural and urban farmers; but not the society, or the place of living, which is different for rural and urban farmers. From this point derives a fundamental consequence. While rural farmers have a paramount interest in the development of rural areas, although, not towards farming funds; very much different is the strategy of urban farmers, as their interest is fixed only in farming funds, not in the development of rural areas. All this derives in a conclusion, and it is the breach between rural development and the modernization of agriculture, since the agents involved in both processes are different.*

## 1. Introducción

Aunque hay todavía analistas que no distinguen claramente entre trabajo agrario y vida rural, la mayor parte de los estudiosos del tema están de acuerdo en separar estos dos conceptos (García Sanz, 1999 y 2003a). En este trabajo utilizo dos términos que se diferencian entre sí, el de agricultura y el de ruralidad. Por actividad agraria entiendo todo trabajo relacionado con la tierra, en el que se incluye la ganadería y la actividad forestal; también se suele incluir la pesca, aunque en este artículo la dejamos fuera. Por vida rural o ruralidad me refiero al entramado económico y social que define la vida de los pueblos pequeños; pueblos que tienen muy poca población y una baja densidad. Entiendo por entramado económico a las formas de producción en las que predomina la empresa familiar y la sobreexplotación de sus miembros<sup>1</sup>, y por entramado social, al conjunto de valores, representaciones y relaciones con que se desenvuelve la vida cotidiana en estos pueblos. Pongo la línea divisoria en los municipios con menos de 10.000 habitantes, aunque se trata más que nada de una perspectiva orientadora. Por supuesto, no hay discusión para entender que son netamente rurales los pueblos con poblaciones por debajo de los cinco mil habitantes, y sería más discutible aplicar el criterio de ruralidad a pueblos con poblaciones entre cinco y diez mil habitantes, sobre todo en determinadas zonas.

\* Universidad Complutense de Madrid.

<sup>1</sup> Se resalta este aspecto porque sigue siendo un factor importante del sistema de producción rural, sistema que no afecta solamente a la agricultura, sino también a otros sectores de actividad como la industria agroalimentaria y los servicios.

Siguiendo con la distinción conceptual, una cosa es la actividad agraria, el trabajo en la agricultura, que se refiere a una forma de organización y de ocupación, y cuya nota principal es la relación del hombre con la naturaleza y con todo lo que conlleva esta actividad, y otra, muy distinta, la vida rural, que se refiere a la manera de desenvolverse las personas que viven en este medio. Cuando decimos «que viven en este medio» nos referimos a la forma de hábitat, a las relaciones sociales, a la organización del tiempo y a la percepción del espacio, a la manera de vivir las estaciones del año, a las organizaciones culturales, a las relaciones intergeneracionales, a las expresiones religiosas, a los comportamientos vecinales, a la forma de entender y usar el dinero, a la distribución del ocio, etc. Si dentro del campo de la sociología se ha distinguido una rama, como es la sociología rural, es porque se ha entendido que esta parte de la ciencia tiene su especificidad y es distinta de otras ramas como la sociología urbana.

En principio no todos los agricultores son rurales, es decir, no todos los agricultores tienen sus explotaciones o viven en pueblos rurales, como, al revés, no todos los rurales son agricultores (García Sanz, 2000). Hay agricultores que tienen sus explotaciones en pueblos grandes, pueblos urbanos, como también hay trabajadores de la agricultura que residen en estas mismas localidades. Unos y otros, empresarios y autónomos, trabajadores por cuenta ajena, fijos o eventuales, viven en pueblos grandes o en ciudades, y en cuanto tales son guardianes de la naturaleza y cuidadores del medio ambiente, pero no por el hecho de ser agricultores son rurales, es decir, participan de las formas de vida rural. Esto puede chocar un poco, puesto que se ha identificado el ser rural con el trabajo agrario, cosa que no es cierta. Podría entenderse que son rurales en cuanto al trabajo que realizan, pero urbanos respecto al medio en el que se desenvuelve su vida. Es importante mantener esta distinción, trabajo en la agricultura y residencia rural o urbana. Aun cuando el trabajo en la agricultura, todo el trabajo de la agricultura, tiene en sí un cierto toque de ruralidad, ésta no suele ser la nota que se tiene en cuenta a la hora de definir el carácter rural o urbano de la vida de una persona. Al agricultor que tiene su explotación en un pueblo grande, o en una agro ciudad, como sucede en muchos pueblos del Sur y, en concreto, en Andalucía, se le considera agricultor, pero no rural. Posición distinta a la de otros ocupados rurales como, por ejemplo, el señor del bar, el de la tienda o el jubilado, que viven en un pueblo pequeño, que son rurales, pero no agricultores.

Cuatro son las ideas que pretendo explorar en este trabajo; la primera se centra en una reflexión sobre los trabajadores de la agricultura que viven en la ciudad y, por lo tanto, desde este punto de vista todavía conservan alguna nota de lo rural, el trabajo de la tierra o la domesticación de animales, pero no son rurales en sentido estricto; la segunda aborda la importancia que tiene el trabajo de la agricultura en el medio rural y la fuerte relación que todavía existe entre este trabajo y la vida rural; la tercera pretende adentrarse en las notas específicas de lo rural al margen de la actividad agraria, y teniendo en cuenta la amplia gama de actividades y necesidades que afectan a los pueblos rurales. Finalmente, en la cuarta, abordaré el tema de la movilidad laboral en el mundo rural, hecho que da una cierta esperanza para la recuperación de los pueblos. Son cuatro ideas que nos permiten trazar un nuevo perfil de lo rural, bastante distante de las concepciones que se tenían en el pasado, y muy en consonancia con los tiempos de cambio que viven las sociedades modernas avanzadas.



## 2. Agricultores no rurales

¿Pero es posible que haya agricultores que no son rurales? ¿Acaso se puede dar una actividad agraria fuera del medio rural? ¿Qué rasgos definen lo rural, la actividad o la residencia? Son preguntas que ayudan a aclarar la relación que se da entre estas dos realidades, el trabajo agrario y la vida en los pueblos rurales.

En una primera aproximación parece que el trabajo agrario implica en sí un cierto contenido de ruralidad. La actividad agraria es un trabajo relacionado directamente con la naturaleza y con uno de los elementos que han definido tradicionalmente la ruralidad, el trabajo de la tierra o la explotación ganadera o forestal. En este sentido cabe concluir que todo trabajo agrario es en sí rural en cuanto que se desenvuelve en un medio rural y en contacto con el *ager*, con el campo. El agricultor, para realizar su actividad, tiene que salir al campo y ponerse en contacto con la naturaleza para aprovechar los elementos que ofrece este medio, ya sea la tierra, el agua, el sol, etc. Esto no sucede con otras profesiones. El espacio agrario ha sido una característica de los pueblos rurales y, en este sentido, se puede afirmar que la actividad relacionada con este medio es también rural. Ahora bien, junto con esta consideración hay que hacer esta otra, que no todos los trabajadores de la agricultura viven o residen en pueblos rurales. La actividad agraria es horizontal y hay agricultores que viven en un medio rural, pero otros lo hacen en pueblos grandes o en ciudades. Es simplemente una constatación empírica. Basta consultar los datos de la *Encuesta de Población Activa* (EPA), el último *Censo Agrario* de 1999, o la *Encuesta de Estructuras Agrarias* del año 2005. Según la EPA, no todos los trabajadores agrarios residirían en pueblos rurales, sino que se reparten del siguiente modo: un 57% tenía fijada su residencia en pueblos rurales, pueblos con menos de 10.000 habitantes, pero otro 43% en los denominados pueblos urbanos<sup>2</sup>. Estos porcentajes oscilan algo si se trata de activos, ocupados y parados, así como si son autónomos o asalariados. Los parados son más numerosos en los pueblos urbanos que en los rurales, lo contrario que los autónomos, cuyos residentes rurales se elevan hasta el 69%, frente al 31% de los que tienen fijada su residencia en pueblos urbanos. Lo contrario que los asalariados de la agricultura que, en una proporción del 55%, residen en pueblos urbanos, frente al 45% que lo hacen en pueblos rurales. Si en vez de utilizar la EPA se consideran los datos del último *Censo Agrario* del año 1999, o de la *Encuesta de Estructuras Agrarias* de 2005, no hay modificaciones importantes. Siempre hay en torno a una tercera parte, más o menos, de gentes que viven del trabajo de la agricultura pero que residen en pueblos grandes, pueblos no rurales. Este porcentaje es algo menor si se desciende a otras categorías de trabajo agrario, como las ayudas familiares o el trabajo a tiempo parcial. Ésta es una constatación empírica que se va a seguir manteniendo en los próximos años.

<sup>2</sup> Dato referido a todos los trabajadores de la agricultura tanto si lo hacen como autónomos o como trabajadores por cuenta ajena. Si se desagrega el dato, correspondería un 69% a autónomos de los pueblos rurales y tan sólo el 45% a asalariados. EPA (2004).

Pero, ¿acaso es relevante para definir la vida rural esta disociación entre trabajo agrario y residencia? Creo que sí lo es. En relación a esta situación voy a hacer dos comentarios: el primero, resaltar la vinculación de este tipo de trabajo, el trabajo agrario, en sus diferentes modalidades (titular de una explotación como empresario o autónomo, trabajo como ayuda familiar, miembro de una cooperativa o trabajador asalariado, fijo o eventual) con el medio rural; y el segundo, la desconexión de la actividad agraria con la vida de los pueblos rurales.

Nadie puede negar que estos trescientos mil trabajadores, más o menos, que residen en el medio urbano tienen por su trabajo una fuerte relación con la naturaleza. Ya sean agricultores, ganaderos o se ocupen de las tareas forestales; ya trabajen en agriculturas intensivas o extensivas; todos ellos comparten un mismo entorno laboral: la relación de su trabajo con la naturaleza. Son campesinos, tal como tradicionalmente se les ha considerado, precisamente porque realizan su trabajo en el campo, en contacto directo con la tierra. Por otro lado, se ven más o menos afectados por las variaciones temporales y por la irregularidad de las cosechas. Es verdad que en estos últimos años ejercen un fuerte control sobre el medio, pero aún así, no son ajenos a él. Las horas de sol, la lluvia, los vientos y el temporal les afectan y, por eso, no pueden sustraerse a su influencia. Desde este punto de vista no hay diferencias con los agricultores que residen en pueblos rurales. Unos y otros siguen mirando al cielo, como lo hacían sus antepasados, y aunque han conseguido una mayor estabilidad económica, sus producciones siguen siendo inestables y dependen, en parte, de las condiciones climáticas.

Una segunda nota común a todos estos agricultores. En cuanto campesinos que son y viven del trabajo de la tierra, de la ganadería o del bosque, están directamente afectados por todo lo referente a la Política Agraria Comunitaria (PAC), así como por las estrategias de los precios y de los mercados. Todos ellos, independientemente del lugar en el que residen, son un grupo social relativamente homogéneo, con unos intereses comunes que tienen que defender ante terceros. También, unos y otros, participan de las tensiones y enfrentamientos del sector, que afectan a las diferentes estrategias a seguir, así como a las distintas organizaciones a las que se adscriben. La dimensión de la explotación, así como el tipo de cultivo al que se dedican son las variables que influyen y deciden sus estrategias.

De lo que venimos exponiendo, ¿se puede concluir que el grupo de los agricultores urbanos es rural? Francamente no. Se puede decir de ellos que trabajan en la agricultura, en un medio que tradicionalmente se ha definido como rural, pero de ahí a concluir que son rurales va un trecho. Ni su vida, ni sus intereses, ni su mentalidad, ni su ambiente ni su medio es rural. Son urbanos y, en cuanto tales, su trabajo se diluye, como el del resto de profesiones de la ciudad, en las diferentes ocupaciones.

Siguiendo con esta idea de que no son rurales sino urbanos, hacemos un segundo comentario. Como su entorno social no es el rural, de ahí el escaso interés que puede tener este grupo por el desarrollo de la vida de los pueblos rurales. Más aún, pueden llegar a plantear un enfrentamiento de intereses, como de hecho así ha sido, cuando se apuesta por un desarrollo rural con fondos que se pretende detraer de los dineros destinados a la agricultura. Este grupo de



agricultores, los agricultores urbanos, suscriben todas las estrategias orientadas a mantener y mejorar las rentas de los agricultores, pero hay una oposición radical cuando se pretende vincular estas estrategias al desarrollo rural. Más aún, critican con fuerza que los fondos para el desarrollo rural se detraigan de las ayudas directas que deben percibir los agricultores como subvenciones al trabajo en el campo. Unos se oponen, la mayoría, porque tienen sus explotaciones en pueblos grandes que no se van a ver favorecidos por los fondos del desarrollo rural, y otros, porque ya no viven en pueblos pequeños, aunque tengan en ellos sus explotaciones. Total, que unos y otros ven que sus intereses de agricultores y de ganaderos están en conflicto con todo lo que suena a desarrollo rural. No es que se opongan a que se mejore la vida de los pueblos rurales pero, como es lógico, no están dispuestos a que se haga a su costa, disminuyendo las ayudas que recibían por ser agricultores y por mantener y conservar la naturaleza.

Es importante entender su punto de vista, porque una cosa es ser agricultor y defender los intereses del sector, y otra, muy distinta, ser rural y apostar porque no se despueblen los pueblos rurales o se mejoren las condiciones de vida.

### 3. Agricultores que viven en el medio rural

Diferente es la posición estratégica y social que pueden tener los agricultores rurales. Entendemos por tales, en contraposición al otro grupo, los que también son agricultores como ellos, trabajan la tierra o viven de la ganadería, pero residen en un medio rural, es decir, en pueblos que no superan los 10.000 habitantes. Se trata de un colectivo que tiene rasgos comunes, pero también diferentes con el grupo anterior. En cuanto agricultores tienen los mismos problemas, las mismas cargas, las mismas insatisfacciones, los mismos retos, pero se distinguen en algo esencial, que son rurales, que viven en pueblos pequeños. Sobre ellos pesa una doble insatisfacción, la primera la de ser agricultores y no encontrar una remuneración adecuada a su trabajo y a sus productos; y la segunda, la que se deriva del hábitat.

En relación a este colectivo voy a hacer dos comentarios. El primero es el tratamiento preferente que han tenido desde la UE, tratamiento que no se corresponde del todo con la realidad de los pueblos rurales; y el segundo, la tensión que se está creando entre su naturaleza de agricultores y la de rurales.

Que este colectivo ha recibido un tratamiento preferente por parte de la UE, salta a la vista. Ante la crisis de la agricultura la estrategia de la UE ha sido doble, por un lado las ayudas directas para mantener el poder adquisitivo y las ayudas indirectas para mejorar sus explotaciones. Las ayudas directas a la agricultura, ya sea mediante la política de precios, primera etapa, o la política de rentas, la segunda, o las modulaciones, la tercera, no han sido más que mecanismos para apoyar al sector y hacer que sus rentas no cayesen en picado por la competitividad de los precios agrarios. El otro aspecto de las ayudas es el orientado al desarrollo rural.

La UE, previendo la crisis que se cernía sobre la agricultura y los agricultores, y considerando con buen criterio, que muchos de ellos no se iban a poder mantener en el sector, puso en marcha una serie de medidas cuyo objetivo era paliar la crisis de la agricultura y dar una salida económica a los agricultores que ya tuviesen problemas, o no se pudiesen mantener con el trabajo de su explotación. Con estas ayudas se pretendían dos objetivos; por un lado, facilitar a los agricultores que las solicitasen y reuniesen los requisitos, unas ayudas complementarias a los ingresos que se obtenían del sector; y, por otro, cortar de raíz el despoblamiento rural, dando otras oportunidades laborales a los agricultores que abandonasen sus tierras. Éste fue el objetivo de los programas *Leader* y *Proder*, programas que capitalizaron la mayor parte de los fondos destinados al desarrollo rural (Pérez Yruela y Jiménez Guerrero, 1994). Aunque sólo una mínima parte de estos fondos fueron utilizados por los agricultores como complemento de los ingresos agrarios, han sido ayudas muy positivas para el desarrollo rural y para ampliar la oferta de trabajo en este medio.

Ahora bien, la mayor parte de estas ayudas no han ido a parar a los agricultores, sino a otros colectivos que han visto la posibilidad de establecer un pequeño negocio contando con estas ayudas. Como de hecho no ha sido el grupo de los agricultores el que se ha visto directamente favorecido por las políticas del desarrollo rural, por eso es lógico que no sean totalmente receptivos a esta política. Igual que los agricultores urbanos, participan de la oposición a que se detraigan recursos de la agricultura para el desarrollo rural, pero se diferencian de ellos en que las medidas orientadas al desarrollo rural también les favorecen. Éste es el punto clave que les diferencia. Los agricultores rurales saben muy bien que la incertidumbre de la agricultura es doble, por un lado, la derivada del propio sector, pero también la de vivir en pueblos pequeños. Si no se ataja la crisis rural mejorando la vida de los pueblos es probable que en el futuro ni haya agricultura, ni haya vida rural. Por eso es mucho más fácil convencer a estos agricultores de las bondades del desarrollo rural. Apostar por el desarrollo rural es abrir nuevos campos de trabajo a la gente que vive en los pueblos rurales y facilitar el tránsito desde la agricultura tradicional a otras actividades complementarias o alternativas a las agrarias.

#### 4. El nuevo perfil de la ruralidad y las relaciones con el trabajo agrario

Como venimos comentando, lo rural es algo distinto a lo agrario. En España, según el Padrón del año 2006, había 7.399 municipios rurales sobre un total de 8.110 (91%); por otro lado, residían en los municipios rurales 9,8 millones de personas sobre un total de 44,7 millones (22%). De ellos, según los datos de la EPA del año 2004, 4,1 millones eran activos, de los que apenas 634 mil trabajaban en la agricultura. La baja tasa de actividad, debida más que nada al envejecimiento, es una nota de la vida rural.

Cada vez son menos los agricultores que viven exclusivamente del trabajo de la tierra y son mayoría, como comentaremos más adelante, los que realizan otra actividad, principalmente los servicios. Esta nueva situación laboral nos lleva a afirmar que estamos ante un mundo rural



que es cada vez menos agrario y que diversifica sus fuentes de riqueza<sup>3</sup>. Lógicamente esta fuerte diversificación ocupacional, que es un hecho en el conjunto del mundo rural, tiene sus matices si se desciende a análisis más puntuales. Suele haber una fuerte correlación entre trabajo agrario y vida rural, de modo que a medida que los pueblos son más pequeños, con menos población, más rurales, se incrementa el porcentaje de las personas que trabaja en la agricultura y disminuye el que lo hace en los otros sectores. Por el contrario, desciende el número de activos agrarios a medida que los pueblos rurales son más grandes y se diversifica la actividad. Este proceso está, a su vez, muy condicionado por la cercanía o distancia de los pueblos rurales a un entorno urbano. El interrogante que se plantea es si este proceso está socavando las bases de la vida rural o, por el contrario, se mantienen o, incluso, se acentúan. En principio, la diversificación ocupacional no tiene por qué ir en contra de la vida rural, como de hecho así es. Hay muchas expresiones rurales que se han visto recuperadas e impulsadas, resaltando aún más la diferencia de la vida de los pueblos con la de la ciudad.

Quiero resaltar que este proceso no está surgiendo al margen o en contra del trabajo de la agricultura sino muy ligado a él. Si bien es verdad que en los pueblos rurales cada vez hay menos familias que viven exclusivamente de la agricultura, y más que dependen de los servicios, la industria agroalimentaria o la construcción, no es menos cierto que la actividad agraria sigue siendo en muchos pueblos rurales, sobre todo en los que tienen menos de 2.000 habitantes, la matriz de la vida rural. Utilizo la palabra matriz, porque en estos pueblos lo agrario está presente de una manera o de otra en la vida rural, bien a través de un imaginario colectivo, bien como soporte complementario de las rentas de muchas familias rurales.

Que lo agrario forma parte del imaginario colectivo es algo que se deduce de la vida social de los pueblos y de las formas en que se expresa. En los pueblos no se habla sólo del tiempo, sino de la repercusión que tiene sobre los sembrados y las cosechas. Si llueve o no llueve rápidamente se hace referencia a cómo están los campos. Si hiela o nieva, se alude de inmediato a la repercusión que han tenido estos efectos en la sementera o en los árboles frutales. Éste es un tema que interesa a todo el mundo. Se sea o no agricultor, hay una sensación de que la vida del pueblo depende de la cosecha. Y es que a la agricultura se le da no sólo un valor económico, sino también cultural y social. Si no hay buena cosecha, parece que se resienten las bases económicas de la comunidad rural, aunque ya hay pocos que dependan directamente de ella.

Ahora bien, en los pueblos rurales las relaciones con lo agrario son diversas. Hay trabajadores que eran exclusivamente agricultores pero poco a poco han ido dejando esta actividad y la han completado con otra. Siguen siendo agricultores, y lo son a título principal, pero ante la insuficiencia de sus ingresos dejan el trabajo de la agricultura para los momentos en los que no

<sup>3</sup> La disociación entre trabajo agrario y vida rural ha sido puesto también de manifiesto en Francia. Véase el trabajo de Bertrand Hervieu (1996), que distingue hasta cuatro nuevos procesos que antes no se daban y que constituyen cuatro rupturas con el pasado: la conciencia de los agricultores de ser una minoría; el agotamiento de la explotación familiar; el territorio desarraigado que se produce por la movilidad de las actividades productivas y la agricultura como proveedora de alimentos; y el de Kayser (1990), que aboga por un renacimiento de la vida rural apoyado en la diversificación de la actividad.

tienen asegurado un salario. Son y se sienten agricultores, pero la experiencia les dice que con las tierras que cultivan y con los precios que se pagan no tienen asegurado su futuro. Siguen siendo agricultores porque no les queda otro remedio, pero buscan fórmulas complementarias para paliar los efectos que se derivan de la insuficiencia de su explotación.

Otros han dado el salto antes y se han asegurado unos ingresos fuera del sector agrario, aunque continúan cultivando las tierras que recibieron por herencia y en su día constituyeron la base del sustento familiar. Éstos siguen siendo agricultores, pero lo son a tiempo parcial y circunscritos a tareas y trabajos muy específicos. El trabajo de la vendimia, la recolección de la oliva, la recogida de la mies, etc. Tienen el sentimiento de que económicamente ya no dependen de esta actividad, pero siguen vinculados a ella como si se tratase del trabajo de su vida. Unas veces por los recuerdos familiares, otras por vocación, y otras por el mismo sentimiento de ruralidad que les perdura, hacen que esta actividad sea algo prioritario en su vida. No hacen números, pero si los hicieran dejarían esta actividad. Hay en ellos un impulso incontrolado debido a razones no económicas que les lleva a seguir cultivando sus tierras.

Otros se han alejado un poco más de la actividad agraria, bien por edad, o bien por consideraciones económicas, y han entregado sus pequeñas propiedades en arrendamiento. Por supuesto que no son agricultores, pero no por ello han abandonado el sentimiento de la ruralidad, vinculado al trabajo de la agricultura y a la producción agraria. Este grupo depende de la agricultura, aunque de forma marginal, y así lo manifiestan en sus conversaciones. Tienen el mismo sentimiento del agricultor y por eso reaccionan de una forma muy parecida ante todo lo que se cierne sobre la agricultura y su futuro. Viven con una pasión muy parecida la bondad o inclemencia del tiempo; la buena o la mala cosecha, la guerra de los precios y las subvenciones, la valoración o el desprecio hacia el agricultor.

Finalmente, otras familias, cada vez más numerosas, poco o nada tienen que ver con el trabajo agrario. Son nuevos profesionales que viven en el medio rural pero sin una relación directa con la agricultura. Son trabajadores de la industria, la construcción o los servicios que han invertido o apostado por este sector. Por supuesto que son rurales porque toda su vida, o buena parte de ella, se desarrolla en este medio, pero en modo alguno se les puede considerar agrarios. Esto no quiere decir que no tengan una valoración positiva de la agricultura, y reconozcan la importancia de este sector para la vida rural, pero su pensamiento y su vida están puestos en otros problemas. Tampoco este grupo se ha desvinculado del sentimiento general que se da a la agricultura para la vida de los pueblos.

Todo este conjunto de situaciones me ha llevado a afirmar que la agricultura sigue siendo la matriz de la vida rural, aunque con un significado muy distinto al que tuvo en el pasado.

Rastrear todos estos pormenores nos lleva a utilizar como base los datos del último *Censo Agrario* de 1999, corregidos y actualizado a través de la *Encuesta de Estructuras Agrarias de 2005*. No hay que olvidar que el *Censo* de 1999 es un censo de explotaciones y como tal



recoge todos los pormenores vinculados a la explotación. Distinta es la EPA, que se centra en las personas teniendo en cuenta su dedicación. Para empezar, frente a los 1,2 millones de activos agrarios que proporciona la EPA de 2004, el *Censo Agrario* contabiliza 1,7 millones de titulares de explotaciones agrarias, 541 miles de cónyuges que colaboran en la explotación como ayudas familiares y 736,7 miles de otros familiares del titular. En total, estamos hablando de 2.998.503 personas, tres veces más que las que contabiliza la EPA. Todos ellos son agricultores, o familiares del agricultor, y que de una manera u otra tienen alguna relación con esta actividad<sup>4</sup>.

La importancia de esta situación para el mundo rural es aún mucho más significativa. Según el citado *Censo*, viven en el mundo rural 1,2 millones de titulares de una explotación agraria, a los que hay que sumar 385.959 ayudas familiares de cónyuges y 506.497 ayudas de otros familiares. En total, estamos hablando de una cifra de 2.134.643 personas vinculadas, de una manera o de otra, a la agricultura, cifra que casi duplica la población que la EPA estima como agraria. Estos datos son de por sí muy significativos y evidencian la penetración del trabajo agrícola en el entramado de la sociedad rural. Pero vayamos por partes.

Todas estas situaciones, titulares que no son agricultores o están jubilados, cónyuges que son amas de casa o realizan otra actividad y familiares que viven de su trabajo y que colaboran en las tareas del agricultura, hacen que no podamos minimizar ni reducir el trabajo de la agricultura a aquellas familias que viven, principal o exclusivamente, de esta actividad. Tan importante como el trabajo propiamente agrícola, o el de los agricultores que se declaran como tales, son las otras figuras, que siguen dando al mundo rural un tinte de agrarismo, aunque con otro tono diferente al del pasado.

Si bien los titulares de explotaciones, que no viven ya del campo, o los cónyuges de titulares que cuentan con otra actividad lucrativa, o los familiares, sobre todo los hijos, que han decidido no vivir de la explotación, están marcando una nueva manera de entender la vida en el pueblo y el trabajo en la agricultura, no por ello se debe ocultar o minimizar la relación que estos colectivos siguen teniendo con el trabajo agrario. Algunos lo rememoran y recuerdan como una parte importante de su vida, aunque para otros es una obligación y un compromiso familiar. Unos gozan porque les trae recuerdos a los que no pueden renunciar, aunque otros lo aceptan porque no queda más remedio.

En uno y otro caso este trabajo forma parte de un entramado que va mucho más allá de lo económico y de lo laboral y se engarza y relaciona con una especie de identidad que asocia trabajo agrario y rural. Se puede argumentar, y de hecho así lo hacemos, que los que viven del campo como actividad principal son una minoría, pero en el recuerdo y en la apreciación de la gente aparece toda esta red de relaciones que indica lo contrario. La agricultura penetra la vida rural y todavía hay momentos en los que el trabajo de la agricultura es la actividad que concita la vida local, aunque sólo sea de forma marginal.

<sup>4</sup> Ver *Libro Blanco de la Agricultura y del Desarrollo Rural* (2003); tomo I, pp. 89-96.

## 5. La apuesta por la diversificación ocupacional

Recalcar la importancia de la agricultura para el mundo rural no significa minusvalorar los nuevos procesos ocupacionales. Hoy estamos ante un mundo rural nuevo, distinto, que tiene que asentarse sobre unos soportes de riqueza diferentes a los del pasado. Cuatro son los campos a los que quiero aludir y que van a ser en el futuro los protagonistas del desarrollo de los pueblos rurales: la atención a los mayores, la industria agroalimentaria, la construcción de viviendas y el turismo rural. Son cuatro fuentes de riqueza que ya han empezado a desarrollarse pero que todavía están en un estado muy primario.

La atención a los mayores constituye una fuente básica para el mundo rural y lo es por dos motivos principales, porque aumenta la demanda de servicios sociales y porque disminuyen los recursos informales que tradicionalmente resolvían el problema. El aumento de la demanda está asegurado por los procesos acelerados de envejecimiento y sobre envejecimiento en los que está inmerso el mundo rural, procesos que van unidos a un incremento de la esperanza de vida y a un aumento de las situaciones de dependencia. A todo ello se une que los mayores rurales quieren envejecer en su medio y rodeados de los suyos. Un paso que se dará en la objetivación de la demanda será la puesta en marcha de la Ley de la Dependencia, que llevará al reconocimiento de la atención que hay que prestar a muchos mayores que carecen de recursos económicos, sociales y familiares para dar una respuesta adecuada a su problema. La cobertura de los problemas del mayor no estará en el futuro en consonancia con la demanda. Habrá cada vez menos mujeres dispuestas a cuidar de sus padres, por lo que se deberá incrementar tanto la responsabilidad de los hijos como el aumento de los servicios sociales del Estado para hacer frente al problema. La incorporación de las mujeres jóvenes al mercado de trabajo y el envejecimiento de las actuales cuidadoras dejará un vacío que deberá ser cubierto por el Estado y por la acción privada. La inmigración extranjera, sobre todo la de mujeres latinoamericanas, será un recurso muy importante para dar una respuesta a este problema (García Sanz, 2006).

La crisis de la agricultura no ha repercutido en la importancia de la transformación de los alimentos, que se ha estancado o ha aumentado. Lo importante de este proceso es que su control se le ha escapado al agricultor. Aunque muchas industrias de transformación están ubicadas en el mundo rural no han sido los agricultores los principales impulsores de este proceso. Más aún, hay sectores que se han desarrollado, como el del vino, al margen de los propios agricultores que han optado por inversiones que nada tienen que ver con la agricultura. Las continuas quejas de los agricultores entre los precios pagados en origen y los que tienen los productos en el mercado son sólo corregibles si hay una presencia cada vez mayor de este sector en los procesos de transformación. El cooperativismo, bien mediante las cooperativas de primer y segundo grado, o bien a través de las SAT (sociedades agrarias de transformación) puede ser un mecanismo adecuado para incrementar la presencia en estos procesos (García Sanz, 2007a). En este campo hay otra alternativa que tiene una fuerte relación con la vida en los pueblos. Se trata de la industria agroalimentaria de calidad, que tiene una fuerte vinculación con la denominada industria agroalimentaria artesanal y con los productos



de denominación de origen. Ésta es una batalla en la que juega con ventaja tanto el agricultor, como las familias rurales que tradicionalmente han tenido una relación con el sector. Los quesos, los embutidos, los aceites, las frutas, las hortalizas, los productos derivados de los cereales, etc, son vectores por desarrollar dentro de este vasto campo de «lo artesanal» y «de la calidad» (García Sanz, 2003b).

Un tercer foco de desarrollo rural es la construcción. Se ha indicado que este sector absorbe en términos porcentuales más mano de obra que la ciudad, aunque no en números absolutos. Si en el pasado fue la rehabilitación de la vivienda rural, y la mejora de las infraestructuras de abastecimiento y saneamiento, así como las viales, en la actualidad es el turismo el que está manteniendo y tirando del sector. Al decir turismo, me refiero no sólo a toda la red del denominado turismo rural que tiene su concreción en las casas de turismo rural, así como en la multiplicidad de servicios que van unidos a ellas, como el senderismo, deportes vinculados a la naturaleza, o visitas a paisajes y zonas protegidas, sino a las demandas que generan los nuevos habitantes rurales. Por nuevos habitantes rurales me refiero no tanto a los que deciden vivir en un pueblo, trasladándose de la ciudad, que de momento son un colectivo muy pequeño, excepción hecha de los retornados, sino a los que he denominado en otros lugares «población flotante», es decir, aquella población que es urbana, que reside en la ciudad o en pueblos grandes, pero que tiene una segunda vivienda en el mundo rural, bien porque se encuentra cerca de una gran ciudad, casos de Toledo y Guadalajara para los madrileños, o bien porque es el pueblo en el que se tienen las raíces porque allí vivieron los mayores de los que un día emigraron a la ciudad. El fenómeno de la segunda residencia es sin duda el más importante y el que está manteniendo la vida de muchos pueblos rurales, sobre todo de aquéllos que no tienen un atractivo o un encanto especial para el turismo.

Hay un cuarto punto de interés para el desarrollo rural. Es el denominado turismo rural, que se diferencia claramente del grupo que he definido anteriormente como población flotante. Son gentes que poco o nada tienen que ver con los pueblos, pero aprecian las bondades paisajísticas culturales y sociales de este medio. Son turistas rurales de fin de semana y como tales recorren los lugares que han alcanzado un cierto interés. A lo largo del año 2006 los alojamientos de turismo rural acogieron a 2,4 millones de personas, con una estancia media de 3,07 días por persona. El 90% fueron españoles, pero ya hubo un 10% de extranjeros que prefirieron esta segunda forma de viajar. Los más proclives fueron los madrileños, seguidos de los catalanes y valencianos; en cambio la mayor oferta de establecimientos se concentra en Castilla y León, Cataluña y Cantabria. Aunque es todavía una actividad que genera pocos empleos, entre 17 y 18 mil, se caracteriza por ser de carácter familiar y contribuir al complemento de los ingresos de un número significativo de familias rurales. Lógicamente el número de personas que utilizan esta forma de viajar es mucho mayor que los que recoge la encuesta de alojamientos rurales, pues en ella no se incluyen los turistas de ida y vuelta, o los que sólo pasan un día en un entorno rural.

## 6. Vivir en los pueblos y trabajar en la ciudad

Aunque este título puede parecer un *slogan* publicitario refleja la realidad más novedosa que se está produciendo en el mundo rural actual. Si hasta los años ochenta el que no tenía trabajo en el pueblo y lo encontraba en la ciudad se veía obligado a emigrar, hoy han cambiado las cosas y cada día es mayor el número de personas que reside en el medio rural y se traslada todos los días a trabajar bien a otro pueblo rural, los menos, o bien a un núcleo urbano, los más.

Este proceso fue puesto de manifiesto a través de la figura del *commuter*, persona que vive en un pueblo rural, pero que trabaja en la ciudad, o en otro lugar diferente a la localidad en la que se reside. Fue una forma nueva de ampliar la restringida oferta de empleos que caracterizaba a los núcleos rurales y ampliaba su radio de habitabilidad. El fenómeno es muy interesante puesto que puede permitir la recuperación de la población rural a pesar de las exiguas ofertas de empleo que genera este medio. Es, por otro lado, un hecho totalmente nuevo y revolucionario que puede significar una salida importante para la crisis de la agricultura y para la situación de incertidumbre que se vierte sobre este medio.

Si en un primer momento fueron los movimientos campo-ciudad los que suscitaron la atención, en un segundo lo han sido los movimientos ciudad-campo, coincidiendo con lo que Bell ha denominado «la sociedad postindustrial». El declive de las ciudades y el renacimiento rural fue puesto ya en evidencia al finalizar la Segunda Guerra Mundial por Berry en Estados Unidos (1976 y 1977) o, posteriormente, en Europa por Cloke (1985), Hall (1981) y Fielding (1982). Durante siglos fueron una tónica habitual los movimientos migratorios campo-ciudad, pero la urbanización industrial ha dado paso a un movimiento contrario desde la ciudad al campo. Unas veces porque las familias huyen de los vicios urbanos y tienen un concepto idílico de la vida rural (Hervet, 1973; Johansen *et alii*, 1984) y otras, porque los rurales ya no se ven obligados a abandonar su lugar de residencia para conseguir un empleo al tener la posibilidad de realizar desplazamientos cada vez más rápidos y seguros (Kayser, 1990). Por un motivo o por otro se ha modificado la relación entre trabajo y residencia. Algunos autores van más allá y plantean la superación de la dicotomía tradicional entre el campo y la ciudad. Dentro de la literatura referida a este fenómeno se han generalizado tres conceptos que definen realidades afines, pero diferentes. El concepto de urbanización difusa, opuesto al de urbanización concentrada; el concepto de suburbanización o movimientos de desconcentración demográfica hacia la periferia, y el fenómeno de la contraurbanización entendido como el flujo de personas e industrias hacia las áreas rurales. El fenómeno es cada vez más general, como han puesto de manifiesto los trabajos de Clout (1976) para Europa o de Champion (1989) para Europa y Estados Unidos. Hay una crisis de la vida de la ciudad que despierta la necesidad de buscar entornos más habitables y menos contaminados. Vivir en el campo y trabajar en la ciudad parece ser una forma de vivir nueva que se ha generalizado en los países desarrollados, y que puede ser una fórmula llamada a tener una amplia aceptación en el futuro. La integración de los territorios mediante la red de autopistas, la generalización y ampliación del tren de alta velocidad, y la universalización del coche particular como medio de comunicación, son algunos de los factores que pueden contribuir a ello.



El fenómeno en España es nuevo, y por eso todavía no ha generado una amplia literatura. Sólo algunos estudios monográficos han dado cuenta del problema (Oliva Serrano, 1996; Castillo, 2006; y García Sanz, 2007), que lo presentan como una realidad que está llamada a crecer. La importancia actual del mismo ha sido puesta de manifiesto en un reciente monográfico (*Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, número 211, 2006). Centrándonos en esta realidad y tomando los datos del *Censo de Población* de 2001, hay un 40% de los activos rurales que se movilizan diariamente, superando el 50% en los pueblos rurales más pequeños. El fenómeno es general y afecta tanto a hombres como a mujeres, aunque tiene un protagonismo especial entre los más jóvenes y entre los solteros. También afecta de forma especial a los profesionales universitarios que han decidido quedarse a vivir en los pueblos. Este tipo de movilidad es muy bajo en los que trabajan en la agricultura, pero es alto entre el personal cualificado que trabaja en los servicios o en la construcción. Por otro lado, hay comunidades en las que la movilidad es muy alta y, por tanto, sus mundos rurales se encuentran territorialmente integrados, como es el caso de Madrid, País Vasco, Cantabria, Cataluña, Navarra, Canarias y Castilla y León; otras, en las que los porcentajes de movilidad rural son intermedios, como en la Comunidad Valenciana, Galicia, Aragón, Castilla La Mancha, Murcia y la Rioja, y otras en las que la movilidad rural es baja, como en Andalucía, Baleares, Asturias y Extremadura. Una nota común es que en todas ellas la movilidad laboral tiende a crecer y es cada vez menor la relación que se da entre residencia y trabajo.

Si la movilidad ha sido posible y se ha generalizado es porque ha contado con razones muy poderosas para ello. La mejora de la red viaria y la disminución de la distancia ecológica<sup>5</sup>; el incremento extraordinario del parque automovilístico<sup>6</sup>; la modernización de los equipamientos y de la vida en los pueblos; el precio de la vivienda y la mejor adaptación de los salarios a las necesidades cotidianas, son alguna de las causas que se podrían enumerar.

Entre estas causas destacan las buenas o malas comunicaciones, que se traducen en el tiempo que se invierte en los traslados desde el lugar de residencia hasta el lugar de trabajo. Según el *Censo* de 2001, el tiempo invertido en los desplazamientos era bastante razonable: un 86%, menos de media hora; el 11%, entre media y una hora, y sólo el 3%, más de una hora.

<sup>5</sup> Se entiende por distancia ecológica el tiempo que se tarda en recorrer un espacio. Este parámetro varía en función de las condiciones en que se encuentra el trayecto a recorrer. Por este motivo a igual espacio no corresponde igual distancia ecológica.

<sup>6</sup> Dos constataciones: del total de familias españolas, sólo el 30% no posee ningún vehículo, porcentaje exactamente igual que en el mundo rural. Y, segundo, sólo el 18% de las familias españolas tiene dos vehículos y el 4% tres, mientras que los porcentajes en el mundo rural ascienden al 20% y al 5%, respectivamente. Esto es así, a pesar de que el mundo rural está mucho más envejecido, es decir, hay más hogares compuestos solamente por personas mayores (27% son hogares integrados por una mujer de 65 años o más, un hombre de la misma edad o un matrimonio, frente al 22% de media nacional), y con menos posibilidades de contar con un vehículo.

## 7. Conclusiones

En conclusión, el mundo rural español ha protagonizado en los últimos años un cambio profundo, como lo han hecho el resto de los países más desarrollados. Lo agrario ha dejado de ser la clave para entender lo rural, aunque todavía sigue siendo muy importante tanto en la vida real, a través de la agricultura a tiempo parcial, como de forma simbólica. Hay agricultores, los que residen en la ciudad, que tienen estrategias claras en defensa del sector, aunque no comparten las tesis del desarrollo rural, posición diferente a los agricultores que residen en pueblos pequeños que se debaten entre las dos estrategias. Por otro lado, la apuesta por el desarrollo rural es cada vez más amplia e implica no sólo la protección de la agricultura, sino el apoyo a otros sectores como la construcción, la industria agroalimentaria y, sobre todo, los servicios. El mundo rural se está abriendo cada vez más a las necesidades del mundo urbano y puede ayudar a solucionar alguna de sus carencias. Por otro lado se ha ampliado el interés por los pueblos no sólo a través de la figura de la población flotante, sino también la de fin de semana, la inmigración extranjera y, sobre todo, la movilidad. El pueblo es una realidad que está cada vez más cerca de la ciudad, hecho que implica un riesgo y una oportunidad. Un riesgo, por el peligro de que pierda su identidad y porque las formas de vida rural se disuelvan en las formas de vida urbanas; pero es también una oportunidad para reducir las diferencias económicas y sociales actualmente existentes. Ambos procesos, no obstante, pueden tener una lectura positiva; el riesgo puede ser corregido, como así está sucediendo, si se enfatiza el fenómeno de la identidad que caracteriza a los pueblos y se revalorizan los aspectos culturales diferenciales de la vida rural; por otro lado, la cercanía con la ciudad es una oportunidad que rompe el aislamiento y da la opción de incorporar todas las innovaciones que mejoren la vida.

## 8. Bibliografía

- BELL, D (1991): *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid, Alianza.
- CLOKE, P. (1985): «Counterurbanization: A rural perspective»; en *Geography* (LXX, 1); pp. 13-29.
- CASTILLO, J. J. *et alii*: *El trabajo invisible en España*. Proyecto TRABAIN.
- CLOUT, H. D. (1976): *Geografía rural*. Barcelona, Oikos-Tau.
- CHAMPION, A. G. (1989): *Contraurbanization. The changin pace and nature of population deconcentration*. Londres, Edward Arnold.
- FIELDING, A. (1982): «Counterurbanization in Wester Europa»; en *Progress in planning* (XVII, 1); pp. 1-52.



- GARCÍA SANZ, B. (1999): *La sociedad rural ante el siglo XXI*. Madrid, MAPA (2ª edición).
- GARCÍA SANZ, B. (2000): «La mujer, los jóvenes y el empleo en el mundo rural español»; en *La reforma de la PAC y Agenda 2000*. Madrid, MAPA; pp. 159-186.
- GARCÍA SANZ, B. (2003a): *Sociedad rural y desarrollo*. Madrid, MAPA.
- GARCÍA SANZ, B. (2003b): «La industria agroalimentaria y el desarrollo rural»; en *Papeles de Economía Española* (96).
- GARCÍA SANZ, B. (2006): «Inmigración extranjera y ruralidad»; en *Circunstancias* (10).
- GARCÍA SANZ, B. «Agricultura y desarrollo rural; referencia especial al asociacionismo agrario»; *Revesco* (92); disponible en <http://www.ucm.es/info/revesco>
- GARCÍA SANZ, B. y GARCÍA FERNÁNDEZ, G. (2007): «La agricultura en la España de la democracia»; en *España del siglo XXI*. Volumen III: *La Economía*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- HALL, P. (1985): «Capitales nacionales, ciudades internacionales y la nueva división del trabajo»; en *Estudios Territoriales* (19); pp. 21-30.
- HARVEY, D. (1989): *Las condiciones de la postmodernidad*. Amorrortu.
- HERVET, D. T. (1973): «The residential movility process some empirical observations»; en *Area* (V, 1); pp. 44-48.
- HERVIEU, B. (1993): *Le champs de futur*. París. Hay versión española (1990): *Los campos de futuro*. Madrid, MAPA.
- INE (1999): *Censo agrario*.
- INE (2005): *Encuesta de Estructuras Agrarias 2005*.
- INE (2004 y 2006): *Encuesta de Población Activa*.
- JOHANSEN, H. E. *et alii* (1984): *Tehe changing rural village in America*. Cambridge, Ballinger.
- KAYSER, B. (1990): *Le renaissance rurale*. París, Armand Colin.
- KAYSER, B. (1991): «Country planning, development policies and the future of rural areas»; en *Sociología Rural* (XXI, 1).



- MAPA (2003): *Libro Blanco para la agricultura y el desarrollo rural*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación; 2 volúmenes.
- MAPA (2006): *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*. Número monográfico.
- OLIVASERRANO, J. (1995): *Mercados de trabajo y reconstrucción rural: una aproximación al caso castellano-manchego*. Madrid, MAPA.
- PÉREZ-DÍAZ, V. y RODRÍGUEZ, J. C. (2007): *La generación de la transición: entre el trabajo y la jubilación*. Barcelona, La Caixa.
- PÉREZ YRUELA, M. y JIMÉNEZ GUERRERO, M. (1994): «Desarrollo local y desarrollo rural: el contexto del Programa Leader»; en *Papeles de Economía Española*; pp. 60-61.